

El caballo desnudo. Fauno

El amor del fauno. Maite Gaminde

La pastora de ovejas lo había visto pasear incansable por el bosque, próximo a su pueblo, hasta internarse en la profundidad de los árboles centenarios. Era extraño, fascinador, mitad hombre, mitad cabra. Más de una vez lo persiguió, pero siempre se le escabullía. Al fin, en un pasaje recóndito, encontró una gruta. Las huellas en los alrededores revelaban la existencia de un morador y la música de flauta que se escuchaba en el interior confirmaban que la pastora le había encontrado. Un destino anhelado y temible.

Se quedó fuera, escuchando, sin saber qué hacer. Como si la hubiera sentido, el fauno salió de la cueva. Se aproximó a ella, poco a poco, sin dejar de entonar su canción. La pastora empezó a bailar. Parecía que tuviera alas de mariposa en las caderas. Él seguía el ritmo con la flauta, ambos mirándose por primera vez y para siempre. Inventaron y jugaron a ser los guardianes de los bosques. Tumbados junto a un árbol, libres y desnudos, se miraban con ternura. Se amaron.

Un día, el fauno desapareció. La pastora lo buscó desesperada, temiendo que él la hubiera olvidado, que una ninfa lo hubiera seducido, que... Se lo topó en un claro, convertido en estatua inmutable, medio cubierto, solemne. Tal vez los dioses no debieran mezclarse con los humanos. La pastora nunca más volvió a verse reflejada en el espejo de sus ojos. Nunca más el amor la atrajo con ese silencio en el que se decían todo.

Hoy el fauno continúa impávido, pétreo, en el Jardín del Príncipe de la ciudad de Aranjuez. Cuenta la leyenda que el cauce del río Tajo que bordea los jardines se formó con las lágrimas de la pastora.